

El Palacio de Buenavista, ejemplo de conservación del Patrimonio Histórico Artístico Militar

Pablo González-Pola de la Granja*

Es más que probable, que la magnífica vista que se divisaba desde el promontorio, fuera la causa de la denominación Buenavista adjudicada ya en el s. XVI a una casa palacio propiedad de D. Gaspar de Quiroga. Fue este un eclesiástico de la corte de Felipe II que llegó a ocupar importantes cargos como canónigo de Toledo, visitador del reino de Nápoles, Obispo de Cuenca, Arzobispo de Toledo y Cardenal en 1578.

Desde este primer propietario hasta nuestros días muchos y muy importantes han sido las personas que han pasado parte de su vida en este palacio. Acontecimientos de gran importancia en la vida de España se han desarrollado entre sus muros. Ha seducido a lo largo del tiempo a propietarios y ocupantes de cargo, provocando en ellos un deseo de engrandecerlo y aumentar su patrimonio artístico.

En varias ocasiones perteneció Buenavista a la Corona. En primer lugar, cuando el Cardenal Quiroga ofreció a su protector el rey Felipe II la casa-palacio con motivo del traslado de la corte a Madrid en 1561. Felipe II mantuvo la posesión como casa de campo hasta que se la ofreció a la emperatriz María de Austria.

Fue María de Austria la primera propietaria que aumentó la posesión adquiriendo las huertas y fincas de alrededor. Cediendo posteriormente Buenavista bien mejorada a su sobrino el nuevo rey Felipe III, quien encontrando ya incómodo el sitio por la expansión de la villa decidió venderlo al duque de Francavilla.

De Francavilla paso a la congregación de los vizcaínos y de ésta al primer propietario militar el Marqués de la Ensenada. Secretario de Estado

(*) Comandante de Sanidad. Ministerio de Defensa, Madrid, España.

de los despachos de Guerra, Marina, Indias y Hacienda con Felipe V, posteriormente con Fernando VI, desarrolló una incansable actividad en las fortificaciones y modernización sobre todo de la Marina lo que le provocó la enemiga de los partidarios de Inglaterra.

Tan solo un año disfrutó don Zenón de Buenavista puesto que desde aquí salió para el exilio de Granada el 20 de julio de 1754.

Volvió a ser real posesión al instalarse la reina viuda Isabel de Farnesio poco antes de la muerte de Fernando VI, cuando consideró que su presencia en Madrid sería interesante para su hijo el futuro Carlos III. Disfrutó de Buenavista hasta su muerte y lo transformó en un auténtico museo gracias a su colección de pinturas.

Adquirido por el XII Duque de Alba, D. Fernando de Silva y Alvarez de Toledo, encargó los planos de su nuevo palacio a Ventura Rodríguez, si bien es Pedro Arnal el responsable del palacio tal y como conocemos ahora el edificio que demarca el patio pequeño.

Al morir sin descendientes Cayetana de Alba, lo adquiere el Ayuntamiento de Madrid para ofrecérselo al Generalísimo Godoy, quien pese a decorarlo con esmero no llega a ocuparlo al caer en desgracia, pasando, tras un intento de convertirlo en Museo Fernandino al ramo de la Guerra en 1816.

Fue en primer lugar museo y taller de ingenieros y artillería y posteriormente, hacia 1847, Ministerio de la Guerra. Salvo un paréntesis de dos años, en que fue residencia del regente General Espartero. Ha sido residencia y lugar de trabajo de ministros del ramo y desde 1979 en que se crea el Ministerio de Defensa, Buenavista alberga el Cuartel General del Ejército y es residencia del Jefe del Estado Mayor del Ejército.

En Buenavista, murió el General Prim tras un atentado en la Calle del Turco.

Primo de Rivera debió de tomar allí la decisión de abandonar la presidencia del Consejo de Ministros tras consultar con los altos mandos militares.

También fue testigo Buenavista de entrevistas entre Alfonso XIII y el General Berenguer días antes de la proclamación de la República.

El 19 de febrero de 1931 tiene lugar el primer Consejo de Ministros presidido por el Almirante Aznar, por estar impedido el Ministro del Ejército general Berenguer. El 26 de febrero del año siguiente, se reunió por primera vez el Consejo en Buenavista bajo la presidencia de D. Manuel Azaña.

El 10 de agosto de 1932 sufre Buenavista un intento de ocupación por un grupo de oficiales del que aun quedan señales del impacto de las balas en las verjas de Barquillo. Es cañoneado desde Las Salesas en 1939.

EL PATRIMONIO ARTÍSTICO DE BUENAVISTA

La extraña seducción que Buenavista ejerce sobre los propietarios que lo han disfrutado a lo largo del tiempo, se hace patente también desde 1816

en los militares y políticos del ramo de la Guerra que vivieron y trabajaron tras sus muros.

Las grandes modificaciones sufridas por el Palacio para adaptarse a las necesidades del ministerio fueron en primer lugar la proyectada por el Tte. Col. Jose María Aparici en 1842, después hacia 1870, quedando cerrado el segundo patio. La última gran reforma cuya característica más importante, aunque para algunos no la más afortunada, fue aumentar un piso más al edificio en el año 1940, siendo ministro el General Varela.

Por lo que respecta a la decoración interior, todo parece indicar que desde que Guerra se hizo cargo del Palacio, se decidió conservar una zona noble para despacho, actos de representación y vivienda del Ministro o máximo cargo que lo ocupara en su momento.

Es probable que estas estancias coincidieran con las que tenían frescos en los techos en las mejores condiciones de conservación. Frescos y demás decoración sin mobiliario que se ha mantenido hasta nuestros días y que probablemente son de la época en la que la corporación municipal de Madrid compró a los herederos de la Duquesa de Alba para ofrecérsela al «Príncipe de la Paz». Este, aunque no llegó a habitarlo, sí promovió algunas reformas y probablemente encargó una rica decoración a los artistas más célebres de la época.

La decoración de los salones que podemos ver ahora corresponde en su gran mayoría a la última reforma de 1940, si bien, siendo ministro D. Manuel Azaña, se incorporaron parte de la colección de tapices y alfombras.

Es muy difícil saber la decoración anterior a esta época, sin embargo teniendo en cuenta las paredes y los techos no podía ser muy diferente de la actual de marcado estilo isabelino y barroco, según estancias. Se conserva por ejemplo, el mobiliario de lo que fue el despacho del General Prim, compuesto por dos escritorios, un sofá y varios sillones de estilo Imperio, en madera de caoba con la decoración en bronce de motivos vegetales, y carátulas clásicas. Otro ejemplo lo podemos encontrar en los candelabros en los que se observa la electrificación posterior, de bronce dorado y con efigies clásicas y un escudo con las iniciales del Ministerio de la Guerra entrelazadas.

De distintos testimonios podemos deducir que la decoración anterior a la del 40 fue muy sobria, por ejemplo, eso dice el General Berenguer de la disfrutada por su antecesor el General Primo de Rivera. También en sus memorias Azaña se queja de la decoración de su despacho, cuajada de retratos de generales, seguramente antecesores a su cargo, mientras el retrato de Fernando VII de Francisco de Goya se encontraba en otras dependencias fuera de la zona noble. Este testimonio nos permite suponer que debió ser un encargo del Ejército de Tierra al genial pintor alrededor de 1814.

Por tanto, quedamos que la actual decoración de la zona noble está compuesta sobre todo por lo incorporado en 1940; cesiones del Museo del Prado en pintura y del Patrimonio Nacional en lo que se refiere a tapices aunque como vimos parte de estos ya los incorporó Azaña. Además corresponde

a esta época la colección de mobiliario casi todo copias excelentes de estilos Luis XV, Luis XVI y otros y la mayoría de las piezas de arte suntuario. Todo ello completado con otros que quedaron de la antigua decoración.

Por no hacer excesivamente larga esta comunicación, veremos a continuación parte de lo contenido en la parte de la zona noble correspondiente a los salones y despachos oficiales por ser lo más representativo.

LA PINTURA EN BUENAVISTA

Cualquier visitante que sea recibido por el Jefe del Estado Mayor del Ejército recibirá su primera impresión al ascender por la escalera de mármol gris y encontrarse en el despacho de ayudantes. Frente a la puerta un cuadro, de Federico Madrazo, de Isabel II con la infanta Isabel, entonces princesa de Asturias, en su regazo. Representa fielmente la primera época del autor donde predomina la forma oval, y el detallismo en puntillas y el vestido. El resto del cuadro lo ha resuelto con grandes pinceladas que hacen que la vista se dirija a las figuras. Es magnífica representación del pintor de cámara de Isabel II y excelente retratista de la aristocracia de su época si bien algo alejado del genio hispánico, según el Marqués de Lozoya, que queda evidenciado por la frialdad de sus figuras y que posiblemente pueda deberse a la sangre alemana de su madre Isabel Kuntz.

Al darse la vuelta el visitante, todavía en la sala de ayudante verá a los lados de la puerta dos retratos de la escuela francesa, de Luis I y Fernando VI, obra de los primeros pintores de cámara de Felipe V; Jean Ranck y Van Loo respectivamente. Es interesante comparar ambos pintores; Van Loo sucedió a Ranck como pintor de cámara, mucho más vulgar el retrato de Luis I puede apreciarse la superioridad en el estilo de Van Loo en el detalle de las aguas de la banda de la Orden de Sanctus Espíritus que ambos llevan, es digno representante del retrato francés de corte, con sus ampulosos escenarios, el detalle y cierto amaneramiento en las figuras.

También pertenece a Louis M. Van Loo el magnífico retrato de Felipe V con armadura y manto aún más majestuoso que el de Fernando VI, ya en el despacho oficial del Jefe del Estado Mayor. Aquí también podemos ver un buen retrato de Carlos III, réplica del pintado por Mengs en 1761 y atribuido al taller de Mariano Salvador Muella, uno de los pintores influenciados por el genial Antón Rafael Mengs. Probablemente el que más, ya que fue su colaborador más directo. Sin embargo, el exceso de academicismo conecta cierta frialdad a su obra.

Sin salir del despacho puede verse un impresionante cuadro de 2,15 x 3,12 metros, digno representante de la pintura histórica, obra de Joaquín Siguencia, firmado en 1.866 que representa la entrada en Madrid del ejército de Africa por Atocha. Preside la estancia oficial un buen retrato de S. M. el

Rey Juan Carlos I, en uniforme de campaña, obra del Coronel de Infantería y pintor D. Silvestre Llanos que fue Premio Ejército de Pintura en 1987.

Antes de llegar al Salón de Embajadores, merece la pena destacar un retrato del General Prim, en la saleta que lleva su nombre porque fue precisamente en Buenavista donde el General murió tras el vil atentado sufrido cuatro días antes en la calle del Turco, hoy Marqués de Cubas, al volver de votar la lista civil del Rey Amadeo en las Cortes.

Frente por frente, al retrato firmado por E. Esteban en 1889, encontramos un magnífico Sans y Cabot de más de tres metros de largo que representa al General Prim cargando en la batalla de Tetuán al frente de los voluntarios catalanes. Destaca el detalle del armamento y equipo de los árabes.

Sin duda, la joya de la colección es el retrato de Fernando VII pintado por Goya del que ya hemos hablado y que se encuentra en la pieza principal del Palacio; el Salón de Embajadores. Pintado hasta las rodillas es réplica del que se encuentra en el Prado con la diferencia de que aquí hay una batalla de fondo y en el del Museo es un campamento con caballos. Todo lo mejor de la técnica de Goya está empleado en este magnífico retrato, donde el espectador conecta perfectamente, adivinando la personalidad del retratado, donde la degradación de los colores se encarga de marcar los poco definidos contornos de la figura.

Destaca mucho más la obra cuando se compara con el retrato del mismo Rey que cuelga al otro lado de la magnífica chimenea de mármol, del que es autor el pintor valenciano Vicente López. Observando las claras diferencias de ambos artistas parece increíble que ambos fueran pintores de cámara del mismo Monarca. Ni siquiera que fueran contemporáneos. López es todo detalle hasta extremos que según Lozoya estropean la obra. Es la exactitud en el dibujo, mientras Goya es la insinuación el trazo de conjunto. Este es el descaro de unas facciones duras que destaca el prognatismo de mandíbula inferior, aquel es el agradecimiento al Rey y la suavidad de las formas, pese a que en este cuadro de Vicente López que es réplica del que pintó de Fernando VI, por ello en el Banco de España, se permite pintar a su benefactor con cierto abotargamiento. Entre estos dos magníficos retratos hay treinta y un años de diferencia y dos concepciones de la pintura separadas por un abismo. Goya es sin duda el primer pintor contemporáneo.

LOS TAPICES EN BUENAVISTA

Los tapices constituyen la colección más completa de cuantas artes están representadas en el Palacio. Tenemos la suerte de contar con telas mediante las cuales puede seguirse la historia de la Real Fábrica de Santa Bárbara desde sus inicios hasta el momento de su máximo esplendor, cuando bajo la dirección de Mengs pintaban cartones artistas como José del Castillo, los Bayeu o el mismo Francisco de Goya.

Como se ha dicho antes, algunos tapices llegaron al Palacio en la República. El acta de entrega esta fechada el 28 de Marzo de 1932, pertenecían según dicha acta a la «colección del Palacio ex-Real» y fueron colocadas bajo la dirección del director de la «Fábrica Nacional de Tapices» D. Livinio Stuych y Millenet «para decorar las paredes de un salón del piso principal del Ministerio de la Guerra, en el que suelen reunirse los Sres. Ministros»... Estos tapices fueron trece de la colección de las Aventuras de D. Quijote. Sin embargo, los tapices de la misma colección que ahora podemos contemplar fueron entregados a Buenavista según actas firmadas en tres partidas; la primera el 8 de octubre de 1940 tres piezas; la segunda el 9 de febrero de 1941 dos piezas más de la misma serie; y el 15 de julio de 1941 se completó con la entrega del último correspondiente al «manteo de Sancho». ¿Que pasó con la primera colección de tapices de la serie de D. Quijote entregados en 1932?

Algunos títulos coinciden, pero bien pudieran ser los mismos que volvieron al Patrimonio mientras duró la obra y luego fueron devueltos a Buenavista, o bien fueron destruidos durante la Guerra Civil, ya que Buenavista sufrió bastante, sobre todo en las luchas intestinas que marcaron el final de la contienda en Madrid. En cualquier caso, la actual colocación de los Tapices de la serie D. Quijote no es la que se refleja en el acta de 1932.

Volviendo a la colección que nos ocupa, decíamos que esta estrechamente ligada a la historia de la Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara. Esta fue creada hacia 1721 en Madrid por Felipe V ante las necesidades de paños para decorar las reales posesiones. La creación tan tardía de esta empresa se debe a la política imperial de la Casa de Austria que favorecía y se surtía de los talleres de Flandes. Tras la Guerra de Sucesión, y una vez separados aquellos estados de la Corona española, hubo que buscar, no sin dificultad, un maestro tapicero que con sus operarios montase en España la manufactura. Fue Jacobo Vandergoten, tapicero de Amberes quien escapándose del castillo donde estaba confinado al descubrirse su intención de emigrar a España, llegó a Madrid el 30 de julio de 1720 junto con cuatro oficiales suyos.

Empezada la producción en 1721, se comenzó por reproducir escenas de campesinos flamencos según el estilo de Teniers con cartones traídos de Amberes por el propio Vandergoten.

Al trasladar la Corte Felipe V a Sevilla, nombró director de la Fábrica en esta ciudad al pintor de cámara Andrea Procaccini, pero al volver la corte a Madrid hacia 1733, se unieron los talleres que venían de Sevilla con los de Madrid en la antigua Fábrica de Santa Bárbara donde nunca había dejado de producir, a pesar de que parte fue trasladado con la corte a la ciudad andaluza. Precisamente de esa época, la sección de la Fábrica en Madrid, por llamarle de algún modo, produjo la serie de tapices de D. Quijote que veíamos antes en la introducción.

Procaccini fue un gran decorador italiano traído por Felipe V para continuar la obra del Palacio de la Granja a la muerte de , Ardemans. En es-

tos tapices que cuelgan en el Salón D. Quijote y en el comedor de Gala de Buenavista, se pone de manifiesto las dos características principales de la pintura del italiano; la seguridad en el dibujo y la excelente composición.

Siguiendo con la Real Fábrica parece que coincide cierta decadencia de esta con los últimos años de Felipe V. Hacia 1744 los Vandergoten consiguen entre otras cosas poder fabricar para particulares, esto afectó a la calidad de las telas en sentido negativo, prácticamente durante todo el reinado de Fernando VI. Seguramente a esta época corresponden los tapices con escenas de campesinos de Flandes que cuelgan en el primero de los salones de la zona noble que recibe el nombre de Salón Teniers. Algunos reproducen cartones de Van Loo inspirados en Teniers y son escenas de bailes, banquetes, fumadores y músicos todos ellos con fondos de arquitectura popular e indumentaria de los campesinos claramente flamenca.

La época quizás de mayor esplendor para la fábrica vino con el nuevo Rey, Carlos III quien tuvo el acierto de nombrar director a Antonio Rafael Mengs el último día del año 1762. Mengs reunió entorno a la Real Fábrica un excelente grupo de pintores con similares características estilísticas adaptadas a las tonalidades puras que exige el pintar para después ser reproducido en tela. El Marqués de Lozoya en su Historia del Arte Hispánico dice que Mengs en la propuesta que hizo en 1776 sobre los pintores que habían de realizar los originales, cito en primer lugar a José del Castillo; en segundo lugar, a Ramón Bayeu; y en tercero a Goya, que se había incorporado el año anterior a la Real Fábrica gracias a su parentesco con los Bayeu. De estos tres pintores hay excelentes tapices en Buenavista.

De José del Castillo nos encontramos en el Salón Teniers un «ciego pidiendo limosna», donde apreciamos su excelente estilo en el manejo de la paleta. No obstante, del Castillo pasa a la historia del tapiz en España por ser el primero que se aleja de los temas flamencos, introduciendo los tipos españoles, aunque posteriormente prefirió las costumbres burguesas dejando a Goya el costumbrismo popular.

Ramón Bayeu esta representado por dos tapices ya en Salón Goya, «la moza con cántaro» y «niños jugando al Toro». Cartonista por excelencia siempre estuvo condicionado por su hermano Francisco y sobre todo por su cuñado Goya. Sin embargo, ni con mucho llega a la calidad de este y se le achaca el no cuidar los segundos planos.

Sin duda la colección mas completa de los tapices corresponde a los realizados sobre cartones de Francisco de Goya. Por ello lleva su nombre uno de los dos grandes salones. Allí destaca sobre todo «la herá», un impresionante tapiz de 2,60 por 6,09 metros que tiene el valor de ser el único tejido basado en el cartón que se conserva en el Museo del Prado. Aunque también hay una copia mas reducida en el Lázaro Galdiano. En este salón hay tapices de los cuadros mas representativos del genial pintor; el paseo por Andalucía, la vendimia, las lavanderas y el columpio. Sin embargo, hay un tapiz en el salón anterior en el llamado Teniers, que esta ahí porque en prin-

cipio no debió atribuirse a Goya, ya que en el acta de entrega del 9 de Octubre de 1.939 figura en la relación correspondiente a «Escuela de Teniers», no en la llamada «Escuela de Goya». Hoy se ha demostrado que el tapiz titulado «La caza del jabalí», cuyo cartón se conserva en el Palacio Real de Madrid, no solo es de Goya sino que es precisamente el primer cartón que realizó para la Real Fábrica. Magnífica pieza donde una figura en tercer plano descubre los inicios de la técnica del «esfumato» de Goya.

En ambos salones nos encontramos también con excelentes tapices que corresponden a Andrés de la Calleja y Zacarías González de Velázquez, caracterizados por la cuidada composición y el ambiente más culto que los de los anteriores.

LA ESCULTURA EN BUENAVISTA

Destacan dos bustos de mármol blanco que representan a sendas mujeres ataviadas según la moda de María de Medicis, una de ellas está firmada por el escultor genovés Francesco María Schaffino y dada la similitud entre ambas, la otra podría pertenecer al mismo cincel.

Hay una excelente colección de bronce entre los que destaca una escultura ecuestre de Alfonso XIII, obra de Benlliure y una alegoría de la primavera de Rodan Faure, dignísima representación del modernismo francés.

OTRAS ARTES DECORATIVAS

Entre la porcelana, podemos apreciar un tabor chino de abanicos, una excelente pareja de jarrones de Sajonia y otra de Sevres.

Las chimeneas y consolas de los despachos y salones soportan candelabros de bronce y una buena colección de relojes de mesa de estilo ecléctico los más, entre los que destaca uno francés Luis Felipe.

Las lámparas son la mayoría de bronce de estilo imperio, salvo tres isabelinas, cuajadas de cristales.

LOS TECHOS DE BUENAVISTA

Merece la pena reparar en los techos, de magnífica factura. Nada sabemos de los autores sin embargo, todo parece suponer que corresponden a la etapa en la que siendo propietario Godoy, mandó decorarlo con todo lujo siguiendo modelos italianos y franceses muy del gusto de la época, que llegaban a España en catálogos y otras publicaciones con diferentes tipos de grecas, medallones, cenefas, etc. Bien pudieran ser pintores especializados en techos como Juan Gálvez o Juan Duque quienes trabajaron

con un grupo de oficiales, especializado cada uno en un tipo de ornamento determinado.

La técnica utilizada en la casi totalidad de los salones es la del temple a la cola con pigmentos naturales aplicada sobre una fina capa de estuco.

El paso del tiempo, la situación de Buenavista en una zona de Madrid de denso tráfico, la acumulación de humos y polvo han actuado sobre las pinturas a lo largo de los años creando una suciedad general cuya consecuencia es el desvanecimiento de los colores originales y la pérdida de luminosidad, cuando no el enmascaramiento de detalles.

Por ello a iniciativa del Jefe del Estado Mayor del Ejército, se inició un programa de restauración de los techos que hasta la fecha ha permitido el tratamiento de las pinturas de los techos del Salón Quijote y del Salón Prim, a cargo de un equipo de restauradores especializados en este tipo de trabajo. El citado tratamiento no solo consistió en la limpieza sino en la consolidación de la pintura para añadirle mayor consistencia, y en la reintegración de las lagunas producidas por la pérdida de la pintura con las más modernas técnicas actuales.

Este programa de restauración, junto con la excelente conservación, no solo de la zona noble sino de todo el Palacio incluidos los jardines con excelentes ejemplares botánicos algunos excepcionales como un Gimko biloba de cerca de 40 metros de altura, ponen de manifiesto la preocupación tanto del Estado Mayor del Ejército como del Ministerio de Defensa por conservar un patrimonio histórico artístico que puesto en sus manos pertenece a todos.

BIBLIOGRAFÍA

- Martínez Frieria Joaquín. Historia del Palacio de Buenavista hoy día Ministerio del Ejército. Madrid 1943.
- Aguilar Olivencia M. El Palacio de Buenavista. Madrid 1984.
- Ruiz Alcón y A. Martín. Catálogo de Pinturas y Artes Decorativas del Palacio de Buenavista. En Aguilar Olivencia Op. Cit.
- Berenguer Dámaso. De la Dictadura a la República. Edit. Plus Ultra. Madrid 1835.
- Lozoya Marqués de. Historia del arte hispánico. Barcelona 1949.
- Navascues Pérez y Arias de Cossio. Historia del Arte Hispánico. Tomo V del Neoclasicismo al Modernismo. Editorial Alhambra 1979.
- Informe técnico de la restauración realizada sobre la pintura mural en el techo del Salón de Prim. Palacio de Buenavista. Por los restauradores M^a Luisa Vilar-Sancho, Rosario Gomez-Jareño Millán y Ramón Cano Picó.